

D. JOSÉ JUAN SANTESTEBAN.

Don José Juan Santesteban nació en San Sebastian el día 26 de Marzo de 1809, hijo de padres artesanos, bastante bien acomodados. Cuando en 1813 la capital de Guipúzcoa fué saqueada é incendiada por los ingleses, los padres de Santesteban que perdieron todo en aquel horrible suceso, se vieron precisados á enviar al niño á Escoriaza, donde vivía su abuela.

Era entonces cura párroco del lugar D. Juan José Zaloña, bondadoso señor que habia educado á la madre de Santesteban. Recogió al niño el dicho Zaloña, y tuvo la fortuna de adivinar desde luego en su tierno pupilo, extraordinarias aptitudes para la música. Enseñóle algunos trozos de música religiosa que el muchacho aprendia inmediatamente y cantaba con singular aplomo; y enterados por el párroco los padres de Santesteban de las precoces condiciones artisticas que éste revelaba, decidieron enviarle á Oñate donde tenian parientes, á fin de que el organista de la villa, D. Manuel Garagarza, le enseñara el solfeo y diese lecciones de órgano.

A los nueve años de edad, Santesteban cantaba y tocaba en la iglesia de Oñate las misas cantadas, y llamaba la atencion su bonita voz de tiple, hasta el punto, que enterados en San Sebastian de los adelantos del chico, hicieronle venir expresamente para ejecutar la parte de soprano en la misa de *Requiem* de Sagasti, composicion que goza de verdadera celebridad en el país y que se cantó el 31 de Agosto de 1821, octavo aniversario del incendio de la capital de Guipúzcoa.

D. Mateo Perez de Albéniz, padre del renombrado D. Pedro, desempeñaba entonces la plaza de director de capilla de la basilica de Santa María. La voz tan afinada y la inteligencia tan precoz de San-

testeban llamaron tanto la atención de Albéniz, que suplicó á la madre de aquel lo mandase á San Sebastian, comprometiéndose Albéniz en cambio, á encargarse de la educación musical del muchacho.

Así se hizo, y gracias á esta circunstancia, estudió Santesteban con Albéniz, durante siete años el piano y el órgano, la armonía, el contrapunto y la fuga, analizando con el maestro las obras más notables de los clásicos alemanes.

Durante el tiempo de sus estudios, compuso un *Miserere* á tres voces para las monjas de Escoriaza y la *Misa núm. 1* que Albéniz corrigió y se ejecutó en aquella villa, y desempeñó interinamente la plaza de organista de la parroquia de San Vicente, mientras su propietario D. Pedro Albéniz estuvo en Paris, perfeccionándose en el estudio del piano. Al regresar Albéniz á San Sebastian, enterado de la brillantez con que habia desempeñado su interinidad el jóven organista, dióle por espacio de un año lecciones de piano gratuitas.

Ocurria esto en el año de 1827, y existian ya entonces en la capital de Guipúzcoa dos pequeñas charangas, de reciente fundación. La una, dirigida por un tal Sacortada músico mayor retirado y establecido en San Sebastian, era conocida por la de los *achúas*, del nombre de una taberna donde se reunian los profesores.

La otra, dirigida por D. José Manuel Brunet, se denominaba de los señoritos y de ella formaban parte jóvenes pertenecientes á distinguidas familias, tales como D. Alberto Gogorza que tocaba el serpeton, el Sr. Saleses el clarinete, D. José Búrgués el requinto, y D. José M. Brunet el fagot.

Santesteban fundó, para competir con estas charangas, una pequeña música militar, compuesta de jóvenes de diez y ocho años, amigos íntimos todos ellos de su jóven y denodado director.

Como cosa curiosa en extremo para San Sebastian, doy la lista del personal que componia aquella banda, que fué llamada música de los *Gámbaros*, del nombre de Gámbaro, célebre clarinetista francés.

Se componia de D. Fermin Lascurain, D. José Galo Aguirresarobe, D. José Ochoteco y D. José Lopetegui, clarinetes; D. Miguel Machimbarrena Carrera y D. José Eloy Ormaechea, trompas; D. José María Arrillaga, octavin; D. Joaquín Arrillaga, trombon; D. Juan Bautista Domercq, clarín de llaves; y el director, Santesteban, trombon. Inútil será hacer constar que los músicos eran todos conocidísimos y apreciados en San Sebastian.

La organizacion de esta banda fué para Santesteban de utilidad suma, puesto que con ayuda de los métodos que de París se trajeron expresamente y con el afán de escribir y aprender que al jóven animaba, se enteró perfectamente del mecanismo de todos los instrumentos de aire, varios de los cuales llegó á tocar con alguna perfeccion; y no contento con esto, dedicóse al estudio de los de cuerda, haciendo verdaderos progresos en el violin, violoncelo, contrabajo y guitarra.

Es necesario tener muy en cuenta estos precedentes, que explican la maravillosa facilidad que más tarde adquirió Santesteban para toda clase de arreglos instrumentales.

Nombrado D. Pedro Albéniz profesor de piano y acompañamiento del Conservatorio de Madrid, en 1830, y habiendo muerto poco tiempo despues su padre D. Mateo, sacóse á oposicion la plaza de maestro de capilla que desempeñaba el último, siendo nombrado para sustituirle D. Julian Salcedo.

A principios de Febrero de 1834 falleció éste y el 12 del mismo mes y año, fué nombrado Santesteban, en reemplazo de Salcedo, maestro de capilla y organista interino, por cuatro meses, siéndole concedida en propiedad la plaza, antes de que hubiera espirado el plazo de la interinidad y sin solicitud alguna por parte del interesado.

La verdadera vida activa de Santesteban comenzó entónces. Desde el año 1835 al 38, compuso cinco misas á gran orquesta y una con acompañamiento de órgano. El año 1839 fué nombrado director de la Sociedad filarmónica y arregló, por las partituras de piano, overturas para orquesta, coros, quinteto y sexteto.

En 1840, notando que le faltaban conocimientos precisos del arte del canto, vino Santesteban á Madrid y tomó fructuosas lecciones de Saldoni y de Basili, instrumentando, en cambio, algunos trozos de *El diablo predicador*, del segundo. Asistió á la clase de contrapunto y fuga de Carnicer y á la de piano de Albéniz, y acudió á la capilla real, donde oyó las misas de Ledesma dirigidas por su autor.

Cuando Santesteban regresó á San Sebastian, los conciertos de la *Sociedad Filarmónica* tomaron considerable vuelo, merced á la música copiada y arreglada por aquel y á su talento y actividad incansable que eran objeto de unánimes aplausos.

Pero el afán de aprender que al jóven artista devoraba, no cesaba un instante, á pesar de sus constantes estudios. Suscriptor, desde su

aparicion, de la célebre *Gaceta Musical*, fundada en París por Schlesinger, la misma en que hizo Wagner sus primeros estudios literarios, Santesteban leía con ánsia el semanario francés y veía en la capital del estado vecino alicientes que conmovían su alma de artista.

En los primeros días de Enero de 1844 se dirigió á París y comenzó á estudiar nuevamente el canto con Manuel García, hijo de nuestro célebre compatriota, y con Goldberg, asistió á las clases del Conservatorio, al teatro Italiano y á la Grande Opera, y escuchó de labios de Habeneck preciosos consejos para la direccion de las orquestas.

De París, á Italia: tal era entónces el sueño dorado de Santesteban, cuya nobilísima ambicion de aprender, lejos de apagarse, se había acrecentado en la capital de Francia. Un generoso Mecenas, D. Benito Alcain, cuyo nombre pronunciaba siempre Santesteban con profunda expresion de gratitud, le proporcionó los medios suficientes para el viaje.

El domingo de Ramos de 1844, Santesteban asistía á la bendicion y distribucion de ramos en la capilla Sixtina. Durante la Semana Santa y la de Páscoa, no faltó á una funcion religiosa, estudió á Palestrina, oyó el *Miserere*, de Allegri, y trabó relaciones de amistad con el abate Baini, maestro de capilla de la Sixtina.

De Roma pasó á Nápoles, donde conoció á Mercadante, director entonces de aquel Conservatorio, y a Florimo que enseñaba el contrapunto. Asistió por espacio de un mes á las clases, y tomó parte en varias conferencias de los profesores reunidos, por lo cual fué nombrado miembro de la academia borbónica de Nápoles, de que era presidente el entonces rey Francisco II.

De Nápoles á Liorna, y de Liorna á Florencia. En esta capital actuaba una compañía de ópera compuesta de la Frezzolini y la Gazzaniniga, de Poggi, Castelan, Mirall y de Bassini.

Los dos últimos le relacionaron con el mundo musical de Florencia, y Santesteban cuya opinion era ya escuchada con interés, tuvo la satisfaccion de ser invitado á las reuniones particulares del príncipe Poniatowski que se daba el lujo de representar sus óperas en teatro propio.

Quince días permaneció Santesteban en Florencia, durante los cuales oyó cuanta música se ejecutaba en teatros, iglesias y casas particulares. Lleno de agradables recuerdos se dirigió inmediatamente á Bolonia, donde fué admitido en casa de Rossini, á quien dedicó un

zortziko instrumentado, recomendándole, en cambio, el autor de *Guillermo Tell* á los profesores del Conservatorio de Bolonia, y dando orden al archivero para que se pusieran á la disposicion de Santesteban cuantas obras quisiera éste estudiar.

Rossini le entregó además una carta de recomendacion para el tenor Pasini que se hallaba en Milan, á donde fué Santesteban desde Bolonia.

En la capital de la Lombardia conoció y trató á Donizetti y Pedrotti que lo llevaron á Bérghamo con el objeto de que visitase al ilustre autor de la *Medea*, á Simon Mayr.

A propósito de esta visita, he oido varias veces relatar á Santesteban la anécdota siguiente. Se hablaba de un tenor llamado Enzech, y el anciano maestro preguntó á Santesteban cuáles eran las condiciones artísticas del citado cantante.

—Tiene una buena voz, sin ser extraordinaria; pero es desde luego un gran actor.

—¿Un gran actor? exclamó Mayr todo enfurecido. ¡Pues entonces que no cante; que se vaya á la tragedia!

La contestacion de Mayr es perfectamente verosímil, si se tiene en cuenta el estado del arte en Italia, cuando adquirió su nombre el insigne profesor de Donizetti.

En Milan dió Santesteban algunas lecciones de canto con Lamperiti, volvió muy pronto á Paris, visitó allá á Berlioz, y regresó, por fin, á San Sebastian el dia 31 de Agosto de 1844, tomando inmediatamente posesion de su cargo de maestro de capilla.

Aquí termina, en realidad, la vida activa, la vida de juventud, el movimiento vertiginoso de Santesteban. Solo en 1850 hizo un viaje á Madrid, donde permaneció durante dos meses y publicó en union del distinguido poeta guipuzcoano D. Ramon Fernandez, que reside en San Sebastian desde hace muchos años, y era entonces oficial del archivo de Hacienda, an *Album de los salones, coleccion de las mejores melodias italianas, francesas y alemanas, con letra en castellano, para canto y piano.*

A. PEÑA Y GOÑI.

(Se concluirá.)



D. JOSÉ JUAN SANTESTEBAN.

(CONCLUSION.)

Prescindiendo de esta insignificante escapatoria, Santesteban se encerró completamente en San Sebastian y dedicó ya toda su inteligencia al cultivo de la música religiosa, de la música popular y de la enseñanza. En 1845 formó una excelente banda, por encargo del Ayuntamiento y de la Diputacion Provincial, é introdujo la enseñanza del solfeo en las escuelas.

El conocimiento profundo que tenia de las voces y los instrumentos ensanchó de tal suerte su esfera de accion, que le hizo árbitro musical de toda la provincia y *factotum* artístico de la capital.

Su actividad se limitó en absoluto á la tierra en que habia nacido; quiso que todos amaran la música y la cultivaran, y como la semilla cayó en suelo extraordinariamente fértil, dirigió, y llevó á cabo la vida musical de dos generaciones.

Ni sus trabajos como maestro de capilla, ni las obligaciones de la enseñanza, lograron jamás abatir aquella hermosísima naturaleza artística que hallaba en el deber que así mismo se habia impuesto, el más puro de los placeres. Para Santesteban, la música era un alimento espiritual tan indispensable como la nutricion material que equilibra las fuerzas de la economía humana.

Laboremus, decia, como Auber; y trabajaba con esa incomparable despreocupacion del hombre de talento que gasta sus esfuerzos sin preocuparse jamás del fin y atento solo á los resultados.

La palabra dificultad no existia para él. Arreglaba lo mismo para voces que para instrumentos, cuantas piezas le caian á la mano, ó le

entregaban, sea para una banda, sea para un orfeon, lo mismo para una funcion teatral que para conciertos particulares.

El inmenso mérito de esos trabajos consistia en que por arte del maestro quedaba la ejecucion amoldada á las facultades de artistas ó aficionados. Y lo hacia sin dar jamás importancia alguna á su intervencion personal indispensable, con la rara modestia del que adora al arte por el arte y goza en hacer asequibles sus manifestaciones á todas las aptitudes.

Dos generaciones aprendieron con él la música y pudieron apreciar de cerca aquel entusiasmo nunca entibiado, aquella magistral inteligencia y aquella modestia inverosímil. Y es que fuera del arte, nada existia para Santesteban; y como su facilidad adquiria mayores vuelos, sometida al yunque de una labor constante y para cualquier otro fatigosa y quizás irresistible, de ahí que multiplicase sus trabajos y absorbiese en su entidad, ya poderosa, todo el movimiento, toda la vida musical de la capital de Guipúzcoa.

Escribia una pieza, la instrumentaba, la ensayaba, la dirigía y hasta tomaba parte muchas veces en su ejecucion. Sin hipérbole, puede decirse, que componer una misa, era para Santesteban lo mismo que contestar á una carta.

Tenia que ser desigual forzosamente, y lo era, en efecto. El molde italiano predomina en todas sus composiciones religiosas, pero en medio de libertades melódicas reñidas con el género y más adecuadas al teatro que á la iglesia, ¡cuántas bellezas de fondo y de forma atesoran las obras del eminente maestro! Siempre claro, sencillo siempre, lograba con medios reducidos, efectos verdaderamente conmovedores. Jamás riñó con su estética especial y egoista que le exigía circunscribirse á limitados recursos; y con ellos, solo con ellos, luchó y venció durante toda su vida.

En el género popular escribio una multitud de zortzikos y canciones de toda especie, pasa-calles, himnos y piezas de baile que rebosan gracia y despiden aromas de poesía primitiva encantadores.

La actividad de Santesteban no conocia límites. En 1854 estableció un almacen de música, primero de los de su clase que ha existido en la capital de Guipúzcoa. Al año siguiente, 1855, dió al teatro una zarzuela en un acto titulada *La tapada*, que se ejecutó tres veces con gran aplauso, pero el teatro sedujo siempre muy poco al maestro.

Refiriéndome el éxito de *La tapada*, me dijo varias veces con la mayor naturalidad:

—Yo no asistí más que á la última representacion, y me gustó mucho todo... menos la música.

En 1864 dió á luz Santesteban su *Método teórico-práctico de Canto llano*, en el cual simplificó notablemente la enseñanza, y con el cual obtuvo extraordinario éxito.

En 1865 creó *El orfeon Easonense*, cuya base fundamental, segun el artículo primero del reglamento que al efecto se redactó, era la propagacion de la música vocal. De esta primera Sociedad coral me cupo la honra de ser nombrado secretario. El *orfeon Easonense* prestó inapreciables servicios y tuvo brillante carrera; fué la base de todas las sociedades corales que se fundaron más tarde é hicieron á San Sebastian una verdadera especialidad en el género, puesto que sus cultivadores fueron siempre personas acomodadas y distinguidas de la capital de Guipúzcoa.

Cuando la reina Isabel estuvo en San Sebastian, en 1866, Santesteban reunió cuatro músicas y cinco charangas que formaron un total de trescientos nueve ejecutantes. Aquella enorme masa de instrumentistas tocó con admirable precision, entre otras piezas, el zortzico *Gernikako arbola*, *Iru damacho* y un paso-doble, composicion del maestro. El efecto fué inmenso y los aplausos entusiastas de un numerosísimo público, premiaron la inteligencia del organizador y director de la fiesta.

Llamado por los frailes de Orihuela á componer el rezo franciscano para la órden, marchó el maestro á aquella poblacion en los primeros dias de Octubre de 1882 y permaneció en el convento hasta Junio del año siguiente. Terminada su mision, volvió á San Sebastian.

Durante el verano de aquel año de 1883, vi por última vez á Santesteban. Ni sus años, ni sus inmensos trabajos habian hecho mella en aquella eterna juventud espiritual; decidor y alegre, como siempre, relataba con chispeante gracia los detalles de su estancia en el convento de Orihuela y las bondades de que habia sido objeto por parte de los frailes.

El día 11 de Enero de 1884, el maestro se ocupaba en instrumentar una melodía compuesta por su hijo D. Joaquin, fallecido recientemente. Al día siguiente, en la noche del 12 al 13, un ataque

de apoplejía fulminante arrebató la vida á Santesteban. La muerte dió á aquella hermosa naturaleza el premio que merecía; el maestro murió casi repentinamente y sin padecimiento, cuando le faltaban poco más de dos meses para cumplir setenta y cinco años de edad.

El caudal de obras de Santesteban es considerable. Solo sus misas se cuentan en el número de veintidos. Calcúlese por ahí las composiciones religiosas que escribió su fecunda é incansable pluma. En cuanto á los zortzikos, canciones y piezas de todo genero que han alimentado, como antes dije, á dos generaciones, seria imposible, ó poco menos, trazar de ellas un catálogo exacto.

El carácter de la obra de Santesteban es fácil de comprender, con solo examinar su vida y trabajos. Podria calificarse brevemente diciendo que el génesis de la música en la capital de Guipúzcoa reside en el eminente maestro. Su ideal fué puramente patriótico, provincial exclusivamente, si se quiere, y reducido por tanto; pero ahí está precisamente el mayor timbre de gloria del artista.

Cuando tantos maestros españoles han renegado y reniegan aún de su patria, él supo circunscribir su esfera de accion al suelo natal y llevar á cabo la fructuosísima obra de la secularizacion, por decirlo así, de la música en Guipúzcoa.

La actividad del maestro y su inteligencia se extendieron á todas las clases sociales que por igual beneficiaron de aquella inagotable fuente artística; y si hoy los efluvios de la nueva vida, la *modernizacion* de San Sebastian, ha detenido un tanto el movimiento iniciado por Santesteban, ó dirigidolo hácia nuevos cauces, el nombre del gran maestro será siempre evocado con el cariño y el respeto que merecen los hombres más ilustres del suelo guipuzcoano.

Santesteban representa, ante todo, al gran patricio. Jamás trabajó para él; jamás se le ocurrió pensar que el industrial embarazase la marcha del artista. El mundo social, la propaganda mercenaria, el reclamo; todo cuanto tiende á halagar real ó ficticiamente el amor propio, le era totalmente desconocido.

Componer música y enseñar, desarrollando la aficion é infiltrandola en el alma de la juventud; tales fueron siempre sus propósitos y ese solo el fin á que se dirigieron sus esfuerzos.

Cumplía su mision con la perfecta tranquilidad, con la despreocupacion bellísima de quien no quiere respirar otra atmósfera que la del arte, en beneficio de sus conciudadanos. Y una misa ejecutada con

voces y orquesta en la iglesia de Santa María, un coro para un orfeon, una contradanza para una comparsa alegórica, ó un pasa-calle para la más humilde de las charangas, eran para él otras tantas dulzuras del oficio, partes sueltas de su actividad y de su talento, que dejaba sin esfuerzo correr, porque eran piezas del programa que se habian impuesto el músico y el hombre.

No hay aquí exageracion del discípulo y del amigo á quienes la gratitud y el cariño ciegan. No; aparte de las bellezas artísticas que encierra la obra de Santesteban, aparte de los inmensos beneficios que á Guipúzcoa ha reportado, lo más grande del maestro reside en su incomparable magnanimidad artística, en la ninguna importancia material que daba á cuanto producía su talento.

Santesteban practicó el arte como un misionero. La música y el país guipuzcoano: este fué su verbo, con él vivió, murió abrazado á él, y él le ha hecho inmortal en la historia de la música bascongada...

La pluma corre sin cesar y tengo, mal mi grado, que detener los impulsos de mi gratitud, de mi cariño y de mi admiracion hácia mi profesor inolvidable, hácia el insigne artista y hácia el hombre patriota y honrado.

El ayuntamiento de San Sebastian concedió, poco despues de la muerte de Santesteban, una pequeña pension á su hija. Despues de la pension oficial, hace falta la pension particular. Es necesario que la capital de Guipúzcoa, es necesario que el pueblo de San Sebastian conceda tambien una pension al nombre del maestro; una pension imperecedera, representada por el mármol ó por el bronce, y que recuerde para siempre al varon insigne que dedicó su existencia entera á la ilustracion y al arte de su pátria.

La capital de Guipúzcoa que no ha sido jamás tardía en el progreso, se honrará mucho á sí misma, honrando como merece serlo, la memoria de uno de sus hijos más preclaros, la memoria de José Juan Santesteban.

Por lo demás el nombre del eminente artista guipuzcoano vive, no solo en el recuerdo de sus compatriotas, sino en D. José Antonio Santesteban, hijo del inmortal compositor y sucesor suyo en la plaza de maestro de capilla de la basílica de Santa María, de San Sebastian. Nació en San Sebastian el 18 de Octubre de 1835. Estudió con su padre el solfeo y los primeros rudimentos del piano y armonía; en

1854 tomó lecciones de piano de Marmontel, en París, y de Godineau en Bruselas donde estudió el órgano con Lemmens; regresó á París en 1856 y aprendió la composición en las clases de Samuel David y Bazin.

Pianista distinguidísimo, organista de primer orden y músico educado en los principios del arte moderno que cultiva con entusiasmo y talento crecientes, D. José Antonio Santesteban es digno sucesor de su padre, y lleva el peso de su herencia artística de un modo que honra tanto al sentimiento filial como á los méritos del músico.

Recientemente ha puesto en música la ópera bascongada *Pudente*, estrenada con muy lisonjero éxito en la capital de Guipúzcoa, y aun cuando son las piezas de esta ópera, en su inmensa mayoría, adaptaciones de cantos populares á la poesía de D. Serafin Baroja, revélase en este ímprobo trabajo la mano expertísima del que llevó á cabo la publicacion de *Aires populares bascongados*, riquísima coleccion que, por iniciativa de Santesteban, hijo, comenzó á ver la luz pública en 1862, y cuenta con 69 números, todos ellos armonizados admirablemente por el jóven y reputado maestro.

El servicio que con esta publicacion ha prestado á la música bascongada el Sr. Santesteban es inmenso y bastaría por sí solo para aquilatar los merecimientos de un artista que con tanta nobleza responde á sus antecedentes y á su nombre.

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.
